

El jinete detuvo su preciosa montura, un corcel árabe de pura sangre, negro azabache, tensándole las bridas y recogéndolas con firmeza.

Tras sosegarse, se detuvo, alegrándose de oír su poderoso relincho, rompiendo en mil pedazos la quietud del valle y acallando el canto de las cigarras. ¡Poderoso animal!

Habían sido varias las jornadas que habían puesto a prueba las reservas de don Duarte y su noble bestia, quienes se habían afanado, sin pereza, en recorrer la enorme distancia que les separaba de su residencia habitual, Segovia, hasta el convento mayor de la Villa de Ocaña.

Don Duarte había recibido de manos del propio Príncipe heredero un delicado y reservado encargo: comprobar la verosimilitud de un extraño y misterioso mensaje que había comprado fechas atrás, proveniente de unos taimados judíos en camino hacia Portugal y que le habían sumido en un intenso desasosiego.

Los primeros días de aquel mes de mayo de 1447 eran claros y apacibles, aunque el sol no tuviera la fuerza acostumbrada para fechas tan cercanas al tórrido verano. Los trigos verdeaban aún, retrasando así el esperanzador amarillear de la abundante cosecha. Los enormes camastros vestían pesados cobertores de lana con los que defenderse de los aún frescos amaneceres.

Don Duarte, amigo personal y confidente del príncipe, se había puesto incondicionalmente a su servicio, cuando tres días antes había sido requerido por éste, en su Cámara privada. Allí recibió confidencias en las que Enrique se lamentaba de las enormes dificulta-

des que sus tíos, desde tierras aragonesas, estaban infringiendo al Reino de su padre, nuestro Rey Juan II de Castilla, que el buen Dios guarde de malas artes.

- ¡Señor, ya sabéis que en memoria a nuestras antiguas andanzas y correrías, y en respeto a la amistad con que me honráis, aquello que me sea ordenado, será cumplido, aunque en ello me vaya la vida y condene mi alma!

El Príncipe, rompiendo sus íntimos pensamientos y con actitud enérgica, movió su enorme corpachón y giró sobre sí mismo, mas pronto dominó ese incontrolado impulso y se acercó inquieto a una de las almenas, dejando que su mirada se perdiese en éxtasis hacia poniente. Esos ojos escrutadores, acostumbrados a vastos horizontes en busca de caza, ahora estaban preocupados por la marcha de la vida cortesana que tendía diversas trampas en torno a su persona.

El Sol dejaba caer sus poderosos rayos anaranjados, confundiéndose y filtrándose al

final de su recorrido tras el espeso ramaje de frondosos árboles que componían el lejano bosquecillo. Pero nuevamente pareció recobrar sus dominados bríos y se desplazó raudo hasta casi darse de bruces con su amigo, al que cogió de los brazos y con abatimiento confesó:

- Lo que de tí quiero, Duarte, es que te dirijas a la Villa de Ocaña, del Maestrazgo de Santiago, y hables con un tal Fray Alberto, que parece ser un piadoso prior con el que cuentan los monjes Franciscanos. Están retirados, según me han comentado, a menos de una milla, hacia el norte de la población, en un convento que llaman de Nuestra Señora de la Esperanza, y que antiguamente creen que fue primitiva ermita del glorioso San Bernabé Apóstol.

- Dicen que es probable que tenga un documento que me compromete y que ha sido encontrado de forma casual al caer un tapial a espaldas de la Casa Maestral. En dicho documento pudieran quedar reflejados no sé qué datos de aquella antigua andanza, en la que si

mal no recuerdas, retozamos con aquellas mozas que nos complacieron con la ayuda de las múltiples argucias de su variado y refinado repertorio. En tal documento, parece que pudieran reflejarse datos comprometedores de nuestra visita a la casa de aquella mujeruca, a la que llamaban Celestina ¿Recuerdas?

En aquellos momentos, ¡Vive Dios!, yo necesitaba, aparte del solaz que apaciguara mis necesidades, acallar la multitud de maledicciones que acerca de mi hombría, con harta frecuencia, se hacían circular malévolamente desde Toledo, Madrid y sobre todo, desde tierras de Valladolid. ¡Que majaderos!

- Señor, interrumpió Duarte, permitidme la libertad de recordaros algunos pormenores que justificaban aquellas alocadas andanzas y, sobre todo, traeros a la memoria nuestra exultante juventud, que nos hacía hervir la sangre violentamente.

Recuerdo con alborozo cómo vos, tal vez por el despecho de doña Blanca, vuestra digní-

sima esposa, no podíais pasar sin compañía femenina por mucho tiempo. Es más Señor, a veces pienso que vuestra avidez y afán desordenado por las doncellas eran, las más de las veces, inalcanzables por un humilde aprendiz de amante como es éste, vuestro fiel servidor. Me asustábais alteza, tanto vigor, tanto ardor, tanto acoso hacia las damas que osaban cruzarse en vuestro camino... Y a veces...

- ¡Calla Duarte! No pongas en tu boca a doña Blanca, que ese nombre reaviva mis más profundos sentimientos de amor. ¡Que ese nombre, me es sagrado a pesar de todo!. Estoy convencido que sigo amándola, pero las circunstancias y sobre todo, el bien de mi reino me llevan inexorablemente a optar por su abandono y ello me mortifica y me produce enorme desasosiego. La tendré que dejar, aún a mi pesar, para evitar otros males mayores que habrían de repercutir en mi reino inexorablemente.

Conoces sobradamente las negociaciones y los constantes consejos, buenos y sabios con-

sejos, de Juan Pacheco, que me recomienda la alianza con Portugal, antes que con Navarra, y si fuera necesario, por encima de ésta.

Pero, involucamos al asunto, tan importante, que quiero, casi exijo, que resuelvas con la máxima premura!

Lo que te pido, muy encarecidamente, es que consigas del fraile ese, los documentos que hoy me perjudicarían en demasía y que probablemente podrían hacer fracasar mis planes, si cayeran en manos de mis enemigos, siempre al acecho, siempre en vigilia, para conseguir desprestigiarme a cualquier precio.

Como bien es conocido por tí, en la Villa de Ocaña, antes bajo la jurisdicción de mi fallecido tío, el Infante don Enrique, y ahora, con la fuerte presión del Condestable, no tendrás ninguna dificultad en granjearte la confianza del Alcaide, la estima de la mayoría de sus habitantes, e instalarte el tiempo necesario, aunque te ruego abreviarlo hasta el límite de lo posible, pues es del tiempo de lo que no ando hol-

gado, y sí me sobran ansias y una enorme desazón sobre estos asuntos.

Por otra parte, mientras despliegas tus siempre envolventes e ingeniosas mañas, yo trataré de desarrollar otras negociaciones, que ya tengo iniciadas y debidamente planeadas y que sin duda te haré saber en el momento adecuado.



Todavía resonaban las palabras de mi amigo, el Príncipe Enrique de Castilla, cuando en mi mente se recrearon escenas de grato recuerdo, que evocaban aquellos días inolvidables del siempre querido Valladolid. Escenas que reflejaban los faustos acontecimientos de los esponsales de mi Señor con doña Blanca de Navarra.

Era miércoles, día catorce de septiembre, del año de nuestro Señor de 1440, cuando entre las diez y las once de la noche, el Rey de Navarra, el Príncipe Enrique, el Almirante de Castilla, y diversos condes, caballeros y gentiles-hombres, habían llegado a la casa donde la Princesa estaba, irradiando belleza, ricamente engalanada con sus mejores y más lujosos atuendos.

Tomó la Princesa una hacanea bellamente enjaezada, en la que cabalgó, y con ella la Reina, su madre, que iba en una mula de pesados pero seguros y apacibles andares, acompañadas de varias damas, llegando a las casas de la iglesia de San Pablo, donde el Rey D. Juan II y la Reina doña María de Aragón aguardaban, no sin mostrar impaciencia. Tras los saludos, ajenos de protocolo y con la calidez y efusividad que la ocasión requería, pasaron todos a una sala que tenían bellamente acondicionada en palacio, guarnecida con profusa y rica tapicería y camas y aditamentos, como correspondía a tan insignes personajes para tan singular ocasión.

Fue al día siguiente, jueves, cuando todos asistieron a unos actos religiosos, oficiados por el Cardenal, en el altar mayor de la iglesia de San Pablo, que sirvió para velar a los contrayentes. Los padrinos fueron el Almirante y doña Beatriz, hija del Rey don Dionis de Portugal.

Acabada la Santa Misa llevaron a la Princesa doña Blanca a la cámara de la Reina, su suegra, y tras un pequeño rifirrafe, promovido por unos celos no controlados por parte del Rey don Juan II de Castilla, se acomodaron en los exquisitamente engalanados salones reales, en torno a un succulento banquete, servido por numerosos y elegantes mancebos y comedidas doncellas.

Delicados manjares hicieron las delicias de todos los asistentes, que acompañaban con gestos de admiración cada plato y con pequeños ademanes festivos, cada sorbo de jóvenes vinos de una rica y bien cuidada bodega, que no disimulaba la nobleza de sus caldos al ser tratados con cuidados y deliciosos ceremoniales en el momento de escanciar sus inigualables blancos, sus sonrosados vinos y sus siempre bien ponderados tintos.

Los príncipes quedaron a solas en su cámara, y hasta aquí todo, ya que según después me confesaría el propio don Enrique, el matrimonio no se pudo consumir, pues una

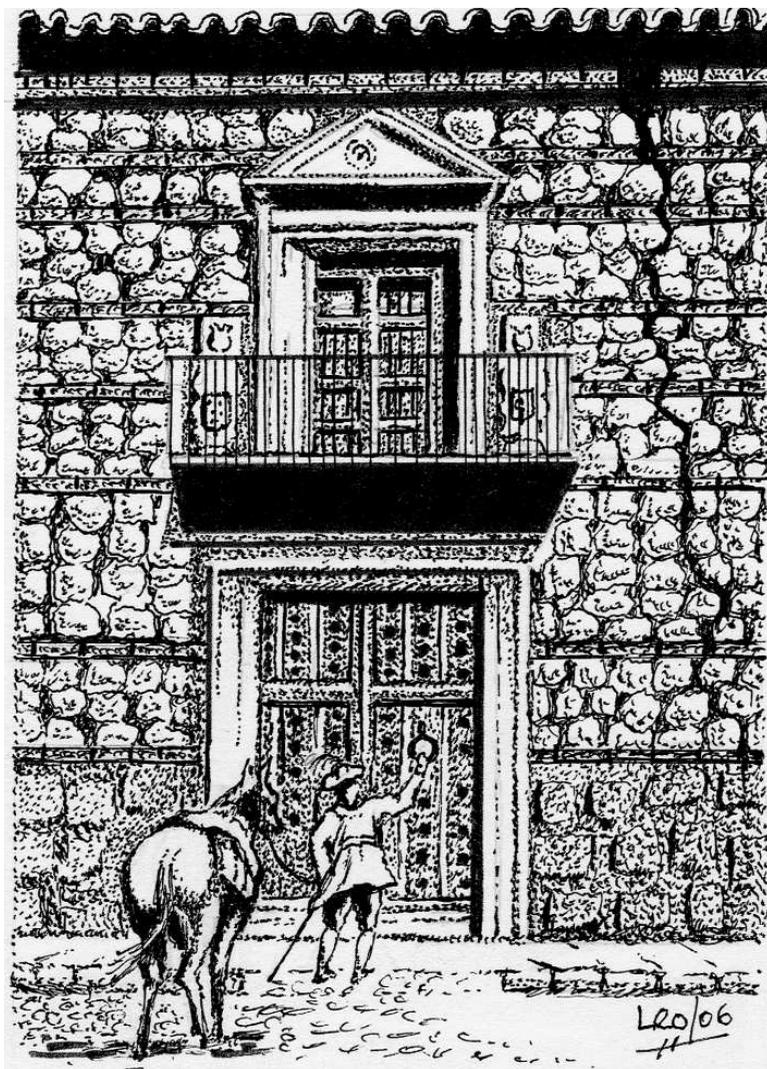
aversión inexplicable los había dejado atenazados y temerosos, y los recién casados pasaron su noche de bodas en vela, entre sobresaltos y nerviosismo ante cualquier movimiento exterior o el más tenue ruido de la Corte que esperaba en la habitación contigua, ya que sus altezas, los novios, morían de pavor al pensar que sería su cónyuge quien le recriminase su falta de apetito o el más leve estímulo amoroso. Ésto, unido a la presencia de altos cortesanos, no pudo más que provocar el desastre que más tarde se confirmaría.

La excesiva juventud de ambos contrayentes les había jugado una mala pasada. Parece que la pasión no fue invitada a tan maravilloso enlace y cuando ésta se encuentra ausente, el matrimonio, lejos de consumarse, empieza a consumirse.



En estos pensamientos se había entretenido hasta su llegada a la Casa-Palacio, ante cuyo portón descabalgó, no sin poder evitar que en su semblante apareciese cierto rictus de cansancio. Su más que conocida amistad con el Príncipe y con el Rey facilitaba la apertura de muchas puertas, que en situaciones normales eran difíciles de franquear y muy concretamente, recorrer a su antojo herméticos y bien guardados cobertizos de la siempre discreta Ocaña, en la que tantos personajes de la nobleza habían encontrado refugio en aquellos años, donde disimular sus aventuras y recomponer sus inclinaciones amatorias.

Desde la muerte del Maestre, don Lorenzo Suárez de Figueroa, padre del Cardenal Mendoza, acaecida en 1409, el Infante don



*...ante cuyo portón descabalgó, no sin poder evitar que en su semblante apareciese...*

Enrique de Aragón, primo del Rey, había gozado de la Maestranza de la Orden. Su inesperada muerte, el quince de Mayo de 1445 en la Batalla de Olmedo, había hecho recaer el título de Gran Maestro en la persona del controvertido Condestable don Álvaro de Luna, odiado, las más de las veces, por el Príncipe Enrique y utilizado, cuando la ocasión lo requería, según la conveniencia de ambos.

Estos momentos eran de especial entendimiento entre el Condestable y el Príncipe, lo que le daba excelentes oportunidades para presentarse ahora ante el Alcaide de la Villa de Ocaña, de bien ganado prestigio e inmejorable reputación.

El Alcaide, al recibirle, saludó con marcada ceremonia y dándole la bienvenida proveyó lo necesario para su estancia en la fortaleza. Naturalmente, el mensajero no había mostrado en ningún momento sus verdaderas intenciones, disimulando su afán y alejando de sí toda duda que pusiese en guardia a los confiados anfitriones.

Antes al contrario, inventó la historia de una antigua amante misteriosamente desaparecida y el posible hallazgo de ésta en la Villa, no despertando con ello recelos, sino al contrario, tiernos sentimientos, lo que provocaría, pensó, que la gente le brindaría todo género de ayuda para aliviar así su desesperanza y tristes y desgraciados sueños de amor. La historia de su amatorio peregrinar y la última posibilidad que le pudiera reportar Ocaña, prendería entre las gentes de bien.

La noche caía sobre la Villa. Don Duarte, después de un frugal refrigerio, se retiró finalmente a los aposentos que le habían preparado con esmero los servidores del Alcaide, permitiendo que la quietud de la noche de la Mesa de Ocaña, siempre mecida por la eterna brisa de amansados vientos, envolviese sus pensamientos en un remanso de quietud, sedase su más que cansado cuerpo y abandonase su siempre tenso talante.

Sólo el ligero chisporroteo de una lamparilla de aceite le sacaba intermitentemente de

su aparente letargo, para volver a mecer sus escondidos afanes con el agradable aroma de las noches ocañenses.